



Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 6, N° 11- Rosario- Argentina, Octubre de 2013

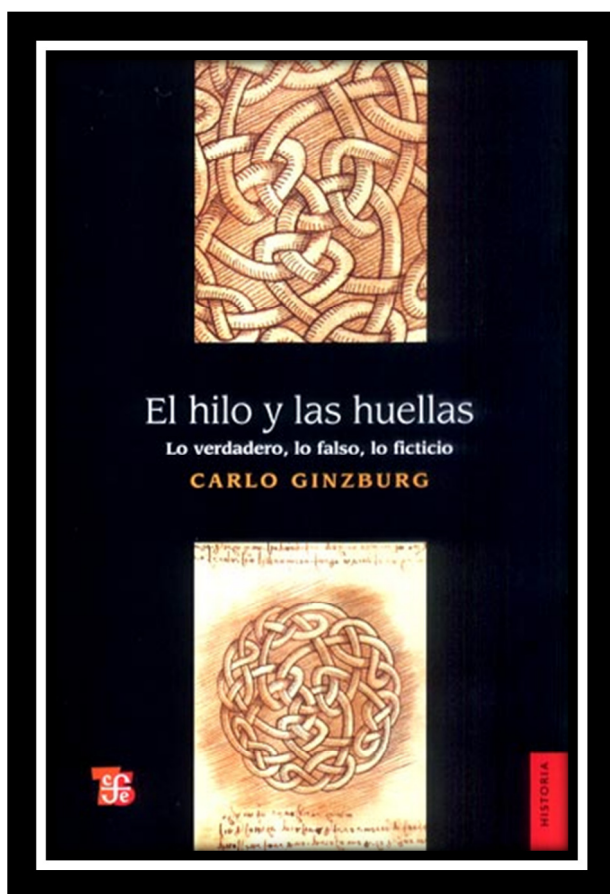
ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 48-52

GINZBURG, Carlo, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010 [2006], 492 págs., ISBN 978-950-557-837-5

Cecilia G. Molla¹

Universidad Nacional de Rosario / CONICET

ceciliamolla@gmail.com



“En nuestra inevitable subordinación al pasado, condenados, como lo estamos, a conocerlo únicamente por sus huellas, por lo menos, hemos conseguido saber mucho más acerca de él que lo que tuvo a bien dejarnos dicho” (p. 13). La presente obra de Carlo Ginzburg se hace eco de las agrídulces palabras de Marc Bloch y vuelve a validarlas en cada página. Así, *El hilo y las huellas* resulta un compendio de análisis en los que cada indagación de huellas se halla magistralmente hilvanada. Una obra que profesa sobre cómo “hacer Historia” y que inspira a los que procuramos hacerlo.

En su obra, Ginzburg aborda con igual interés tanto el hilo como las huellas. A través de sus búsquedas, vastas y exhaustivas, deslumbra al lector, para luego mantener esa sensación mediante un hilo cautivador, producto de su particular forma de narrar. De allí se desprende un planteo que atraviesa la obra completa y que toca una fibra sensible de la disciplina: la dúctil frontera entre los relatos históricos y los relatos de ficción.

A través de la distinción entre lo verdadero, lo falso y lo ficticio, y al mismo tiempo, conjugando cada una de estas variables en tanto elementos subyacentes en cada uno de sus análisis, Ginzburg ha perfeñado con evidente coherencia y acierto el subtítulo de su obra.

El hilo y las huellas fue editado por primera vez en italiano en 2006 por Giangiacomo Fettrinelli y en español en 2010 por Fondo de Cultura Económica. Se trata de un compendio de

¹ Recibido: 11/06/2013

Aceptado: 04/07/2013

diversas investigaciones históricas llevadas a cabo por el autor a lo largo de veinte años, que se estructura en quince capítulos más un apéndice con el que concluye la obra. En la mayoría de los casos, se trata de reelaboraciones de artículos o ponencias presentadas en diversas reuniones científicas realizadas entre Europa y Estados Unidos. Cada uno de los capítulos se presenta como un *caso* –si se quiere, independiente y quizá no tanto–, una muestra de “historia en miniatura”, que no hace más que descubrir “*el entramado de lo verdadero, lo falso y lo ficticio que es la urdimbre de nuestro estar en el mundo*” (p. 18).

El artículo inédito, “Descripción y cita” inaugura la obra y ya desde sus primeras páginas, Ginzburg se zambulle en el entramado de la tríada que constituye el subtítulo del volumen, analizando ciertos elementos que le han permitido distinguir un relato histórico de otro inventado. En esta dirección y con miras a rastrear la constitución del método histórico y el nacimiento de la historiografía moderna –heredera de la combinación de historia filosófica al estilo de Voltaire y la indagación anticuaria–, Ginzburg recurre a historiadores esparcidos en un amplio espectro de tiempo; así, apela desde Polibio a Momigliano, pasando por Francesco Robortello quien ya en el siglo XVI se había propuesto “*sacar a la luz el arte y el método latentes en la escritura de la historia*” (p. 33). Sus hallazgos lo conducen a la cruda verificación de que el conocimiento del pasado es fragmentario, lagunoso.

Subyacente en la urdimbre de lo verdadero, lo falso y lo ficticio, se encuentra el tema de la autenticidad, abordado en más de un capítulo del volumen. “La conversión de los judíos de Menorca (417-418)” constituye la respuesta de Ginzburg a la pregunta sobre la autenticidad de un documento del siglo V que relata un temprano caso de hostilidad entre cristianos y judíos. El autor avanza sobre una problemática ya analizada por Peter Brown, al cual objeta ciertas incongruencias metodológicas. Por esto, considera esencial el análisis de la única fuente en la cual se basó el historiador irlandés para su estudio. Así, luego de la verificación de la autenticidad del documento en cuestión, emerge como necesario un abordaje diferente que se asiente sobre un conjunto documental más amplio, abarcando una serie mayor de acontecimientos. Tal apertura le permite un mejor conocimiento del acontecimiento analizado y, al mismo tiempo, reasegura los argumentos con los que critica –constructivamente– el estudio de Brown.

En conexión con este segundo apartado, se encuentran otros dos capítulos: “Representar al enemigo” y “Unus testis. El exterminio de los judíos y el principio de realidad”. En el primero de ellos, Ginzburg se aboca a la problemática de la autenticidad ingresando al análisis con el *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* de Maurice Joly, obra aparecida a mediados del siglo XIX. Su intención es demostrar que la obra del francés constituyó el modelo para confeccionar los *Protocolos de los Sabios de Sión*, un best-seller mundial segundo en el ranking, luego de la Biblia. Una vez más, Ginzburg nos demuestra a través de sus páginas, la agudeza de su mirada al proponer –como ya nos viene acostumbrando– a una lectura divergente de las realizadas hasta el momento. En sintonía con la cuestión de un único documento como un solo testigo y simultáneamente con el pueblo judío en la mira, se despliega el undécimo capítulo (“Unus testis...”). Ginzburg, propulsado por el caso del exterminio de una aldea judía en el siglo XV, se introduce en un análisis de viso claramente teórico en torno al principio de realidad y a la brecha entre los hechos pasados y fragmentos que de ellos contamos para estudiarlos.

En el tercer capítulo (“Montaigne, los caníbales y las grutas”) se conjugan una serie de procedimientos verdaderamente caros al historiador italiano: a través de la exploración de un texto de Michel de Montaigne se desdobra la detección de los elementos contextuales que inciden sobre él, y que determinan tanto al texto en sí como al propio Montaigne. A partir de allí, Ginzburg sigue las huellas que lo conducen del gramático clásico Aulo Gelio al arquitecto y teórico de la arquitectura Sebastiano Serlio, para comprender a Montaigne en las contradicciones que tanto lo acercan a nosotros y que hacen de él una excepción en su tiempo. Nuevamente presenciamos el entrelazamiento estrecho entre lo ficticio y lo verdadero, a través de un recorrido que solo Ginzburg es capaz de delinear.

El centro del análisis de “París, 1647: un diálogo acerca de ficción e historia” (capítulo IV) lo ocupa un texto del siglo XVII a lo largo del cual su autor, Jean Chapelain propone –quizá por primera vez en la historia – la posibilidad de rastrear fragmentos de verdad –“*los usos y costumbres de ese tiempo*” (p. 117)– en un texto de ficción. De esta manera, el *Lancelot du lac* se volvía materia de la historia, y *De la lectura de vieux romans*, la fuente principal del análisis de Ginzburg. Luego, *La Historia del Nuevo Mundo* de Girolamo Benzoni (capítulo V, inédito) nos conduce a pleno siglo XVI, cuando los europeos descubren el tabaco y otras sustancias, y simultáneamente redescubren a los chamanes. Mediante un exhaustivo recorrido por las más diversas fuentes de relatos de viajeros de la época, Ginzburg analiza el encuentro entre estos últimos y los chamanes de las colonias, para luego abocarse a la comprobación de que tal encuentro reviste en realidad un “redescubrimiento”.

El filólogo y crítico literario alemán Erich Auerbach es protagonista de más de un capítulo de este volumen y en ellos la propuesta pareciera ser la de un análisis organizado sistemáticamente en capas. Ginzburg lee a Auerbach quien a su vez lee a otros autores, tomando sus obras como “*documentos impregnados de historia*” (p. 14), desde un perspectivismo crítico que buscaba acercarse a la realidad inmersa en ciertos textos literarios. Una vez allí, Ginzburg se propone una nueva lectura, en este caso “bifocal”, considerando paralelamente a Auerbach y a su objeto de análisis. De esta manera, se propone captar las intenciones y el enfoque del autor en cuestión, rastreando sus huellas involuntarias. Así, en el capítulo sexto, Auerbach lee a Voltaire, y en su lectura se mezclan la repulsión y la admiración. Ginzburg se propone analizar esas reacciones y en su indagación detecta en los planteos de Auerbach en torno a Voltaire un anticipo de la tesis propuesta por Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica del Iluminismo*: el porvenir de una sociedad de masas culturalmente homogénea.

Una estrategia de indagación similar se percibe en el análisis de la lectura de Stendhal realizada por Auerbach en la “La áspera verdad” (capítulo IX). Del estudio comparado entre Balzac y Stendhal que el erudito alemán realiza, Ginzburg presta especial atención al segundo de los novelistas. La valoración minuciosa de los elementos contextuales rastreables en *Rojo y Negro* como de los métodos esgrimidos por Stendhal lleva a Ginzburg a matizar la lectura de Auerbach y a leer en el método de aquél un desafío para los historiadores del futuro.

“*Lo que en nuestros días interesa de Voyage du jeune Anacharsis* [de Jean-Jacques Barthélemy] *es su inactualidad*” (p. 198), sentencia Ginzburg en la primera página de su séptimo capítulo. El autor avanza en la demostración de este planteo, analizando el proyecto de invención narrativa cual viaje en el tiempo llevado a cabo por Barthélemy, a caballo entre la novela y la erudición. Para ello, el autor francés se había inspirado en los anticuarios, preocupados por la vida cotidiana de hombres y mujeres lejanos en el tiempo, cuestiones en ese momento vedadas al historiador. Su estrategia, esa fusión entre anticuaria y novela, resultaría a la larga perdedora frente a la historiografía moderna que surgía a la sazón de la convergencia de anticuaria e historia política. Su fundador, Edward Gibbon es todavía célebre en el ámbito académico. Por su parte, Barthelémy hubo de ser rescatado de las sombras. Ginzburg lo ha hecho con maestría.

“Tras las huellas de Israël Bertuccio” (capítulo VIII) lleva por título la réplica de un Ginzburg impelido a demostrar que la suya es una estrategia diferente a aquellas atacadas por Eric Hobsbawm en su crítica a la historiografía presente -si se quiere posmoderna- que tiende a borrar la distinción entre historia y ficción. Tal respuesta cobra forma mediante una investigación discontinua, en el que el autor transita desde las bibliotecas al archivo, desde el Julian Sorel de Stendhal a la conjura de Marin Falier investigada por Lazzarini. De esta manera, la investigación en torno Israël Bertuccio, con base en un portentoso análisis de fuentes, arroja luz sobre la distinción entre historia y ficción.

La búsqueda de lo involuntario o la lectura “a contrapelo” -en términos de Walter Benjamin- cobran especial protagonismo en el apartado dedicado Siegfried Kracauer (capítulo

XII). Aquí, el rastreo de huellas llevado a cabo por Ginzburg lo conduce desde el libro póstumo e inconcluso del teórico de cine hasta Marcel Proust para finalmente arribar a Henri de Saint-Simon. En este recorrido, Ginzburg deja al descubierto el método cognitivo propuesto por Kracauer mediante el cine, la importancia del miedo a la muerte y “*la convicción de que las fuerzas más significativas quedan de manifiesto en aquello que es pequeño e insignificante*” (p. 349). De allí la reivindicación de la fotografía, de las huellas y del microanálisis.

Carlo Ginzburg no ha sido el primero en hablar de “microhistoria”. La exploración de los usos del término y las “dos o tres cosas” (p. 349) que sobre ella conoce el autor dan forma al capítulo decimotercero de la obra. Así, se abre paso a un nuevo derrotero que atraviesa tantos autores como fuentes. Desde George R. Stewart a Fernand Braudel, pasando por Luis González y González, Ginzburg escudriña los múltiples usos del término “microhistoria”. Se detiene en Primo Levi quien fuera el primero en expresar la versión italiana de *microstoria*. De la mano de este último, la “microhistoria” ingresa al ámbito historiográfico para sustituir al *micro-análisis* de Edoardo Grendi. A través de su propia experiencia personal, Ginzburg alcanza una elaboración más profunda de la Microhistoria como método analítico, emergiendo como esencial su aporte cognoscitivo en lo que respecta a la confirmación de que cada una de las etapas de la investigación es *construida*, a la insistencia en el contexto y a la reivindicación de la anomalía en relación a la analogía.

En sintonía con los planteos en torno a la Microhistoria, la historia “acontecimental” (*événementielle*) y la convergencia de la Antropología y la Historia, Ginzburg se propone fundamentar el paralelismo que percibe entre el Inquisidor y el Antropólogo en el penúltimo de los capítulos del volumen. Se trata de un análisis sobre la propia labor, basado en sus propias investigaciones. Las fuentes que rastrea a través de la mirada del “inquisidor” son abordadas como huellas y leídas “a contrapelo”, lo cual le permite al autor reconstruir parte del sustrato cultural del campesinado del Friuli, oculto tras “lo establecido” en los documentos.

“Brujas y chamanes” da nombre al decimoquinto capítulo de la obra y contiene el relato de una travesía metodológica, con algunas pinceladas autobiográficas. A través de estas últimas, Ginzburg nos da a conocer los motivos de la elección de la brujería como su tema de investigación hasta el momento en que se topa en el Archivo Estatal de Venencia con el documento en el que halló el primer indicio de los *benandanti*. De allí, el relato avanza desde las conjeturas en torno a estos campesinos hasta la ampliación desmesurada de la escala del objeto de análisis que dio lugar a su *Historia Nocturna*, encontrándose todo el relato atravesado por cuestionamientos de tipo teórico metodológico así como psicológico, con los cuales el autor fue lidiando a lo largo de años de investigación.

El posfacio al célebre libro de Natalie Zemon Davies *El regreso de Martín Guerre* constituye un compendio sobre “Pruebas y posibilidades” que remata la obra de Ginzburg. En el estudio de la historiadora estadounidense cobra materialidad una perspectiva superadora de la contraposición entre lo verdadero y lo inventado: se trata de la integración constante de las realidades y las posibilidades, de analizar los registros documentales y de oír atentamente a las voces del pasado para colmar lagunas e intentar comprender. El estilo narrativo, tan caro a la obra de Zemon Davis, reintroduce a Ginzburg en la cuestión tan debatida sobre el regreso de una historiografía narrativa. Para ello, lee con “sensatez retrospectiva” el desafío lanzado por ciertos novelistas del siglo XIX, asumido recién cien años después por los historiadores de hoy. *El regreso de Martín Guerre* es fruto de ese compromiso.

La sensación que atraviesa al lector al concluir la obra es la confirmación,- una vez más- de que la erudición y la profundidad en el análisis son dos baluartes en la *métier* de Carlo Ginzburg como historiador. ¿Cómo explicar semejante fusión, lograda a través de la pluma de un único estudioso? Acaso, una pregunta retórica. Al mismo tiempo, cada uno de los apartados del volumen se traduce en una agenda de posibles temas de exploración futura, un manantial de

nuevos interrogantes y potenciales problemas por dilucidar. Se trata, ni más ni menos, de una muestra más de su capacidad en el oficio; un indicio más de la potencialidad de sus métodos.

Alguna vez, Ginzburg sostuvo que su “...*ideal historiográfico sería aquel de una historiografía que fuese al mismo tiempo Cézanne y Monet –que ofreciese también la fragilidad de lo vivido, de eso vivido que está allí y que se nos escapa, porque no cuenta para nada o casi, o porque solo cuenta cabalmente para aquel que lo ha vivido. Una historiografía que entonces, buscara tanto reconstruir lo efímero -ese carácter efímero de lo vivido- como la geología profunda en la que esto efímero se inserta*”². Mediante la lectura de las páginas de *El hilo y las huellas*, cualquiera diría que Ginzburg lo ha logrado con éxito.

Palabras clave: Huellas – Verdadero – Falso – Ficticio

Keywords: Tracks – (the) True – (the) False – (the) Fictitious

² “Penso che il mio ideale storiografico sia una storiografia che sia insieme Cézanne e Monet –che dia anche, cioè, la fragilità del vissuto, che è il che se ne va, che non conta nulla o quasi, che conta solo per quello che ha vissuto per l'appunto. Una storiografia che riesca nello stesso tempo a ricostruire l'effimero, l'effimero del vissuto, e la geologia profonda in cui questo effimero si incardina...”, en "Paradigma indiziario e conoscenza storica. Dibattito su Spie di Carlo Ginzburg", en *Quaderni di Storia*, año VI, número 12, pp. 3-54.